

contra sus enemigos interiores. Si este monarca era grande enemigo de los reformados, Isabel de Inglaterra, que era su protectora general, prestaba ayuda, ó daba al menos valor á los Países Bajos, y enviaba á insultar, por odio á este príncipe, las colonias españolas de América, y el mismo puerto de Cádiz. Felipe, que durante el tiempo que había sido esposo de María la Católica, reina de Inglaterra, se había declarado protector de la joven Isabel, aguardó con impaciencia una ocasión para castigar su ingratitud, cosa que le parecía tan meritoria como destruir aquel foco de la herejía. Sixto Quinto le escitó confiéndole el reino de Inglaterra como caído en manos de los herejes, y ofreciéndole al mismo tiempo un millón de coronas para conquistarla.

**La armada invencible, 1588.**—Felipe equipó una flota con el mayor silencio. La España, que no había tenido más que tres carabelas para dar á Colón, vió armar entonces, á costa de ciento cincuenta millones de escudos, ciento cincuenta navios mucho mayores que los de costumbre, y que llevaban dos mil seiscientos cañones de grueso calibre, veinte mil soldados, ocho mil marineros y mil voluntarios de familias ilustres. Veinte y un buques habían sido designados á las diferentes advocaciones de la Virgen, y doce con el nombre de los apóstoles. Cien frailes fueron embarcados á las órdenes de Martín de Alenzon, vicario general del Santo Oficio y portador de las bulas papales que libraban á los ingleses del juramento de fidelidad. Por otra parte el duque de Parma reunió en los Países Bajos treinta mil infantes y cuatro mil caballos, en sus correspondientes buques de transporte; y éste era el que debía mandar el desembarco de la armada. Alfonso de Guzman, duque de Medina-Sidonia, era el almirante general de la flota, y Lope de Vega formó parte de la expedición para inmortalizar con sus cantos las victorias que se prometían.

Esta *invencible armada* llegó á vista de Dunkerque inquietada por los ingleses, cuyos buques ligeros maniobraban con más rapidez; y allí le asaltó una tempestad horrorosa que destrozó estos enormes preparativos. Cuando el duque de Medina-Sidonia se presentó á Felipe para anunciarle que había perdido treinta grandes buques con diez mil hombres, y que el resto de la flota no podía permanecer en el mar: «Duque, le dijo el rey, os he enviado á combatir con los hombres, no con los elementos. Cúmplase la voluntad de Dios.» Y continuó escribiendo una carta.

Es imposible no admirarse de semejante firmeza (9) aun en un tirano; y la longanimidad en las circunstancias desgraciadas era verdaderamente el carácter de Felipe. Sombrio, severo, amante de la soledad, trabajador infatigable y de estremada ha-

(9) No recibió con menos apatía Mahamud la noticia de la destrucción de su flota en Navarino.

bilidad, todo lo veía por sus ojos y escogía sus generales y sus ministros con una admirable sagacidad. Fué durante los cuarenta años de su reinado el centro de toda la política europea, é hizo más mal á sus enemigos por las intrigas que por las armas. Se le hablaba siempre de rodillas y rara vez conversaba con los grandes, en tanto que recibía á las personas más vulgares, y saludaba al último villano que encontraba. Con una devoción desmedida se creía destinado por la Providencia para extirpar la herejía, á lo que dedicó su vida entera: pudo alabarse de haber conseguido el objeto de sus deseos cuando venció á los turcos en Lepanto, degolló los moriscos en las Alpujarras, á los holandeses con la espada del duque de Alba, y á los protestantes franceses por los asesinos de la San Bartolomé. Pero por combatir las ideas nuevas, arruinó á su pueblo. Los navios ingleses enorgullecidos por la victoria, se apoderaban de los buques que volvían de América, devastaban las colonias y las mismas costas de España. Los holandeses le hacían mucho más mal; y las colonias imposibilitadas en su comercio, compraban de contrabando los objetos que necesitaban, con gran ventaja de los enemigos. Apenas bastaban los tesoros de Méjico cuando llegaban al puerto, á pagar los intereses de una deuda de ciento cuarenta millones de ducados. Fué obligado Felipe á hipotecar todas las rentas á los banqueros; pero revocó después las cesiones en que había consentido; hecho deshonesto, que arruinó á un gran número de casas de banqueros en Italia y en los Países Bajos. Finalmente se vió reducido á enviar eclesiásticos á pedir de puerta en puerta.

**Portugal.**—La adquisición de Portugal fué para él una causa de ruina. Este pequeño reino había llegado á un grado de poder portentoso en el reinado de Juan II. Sin hablar del descubrimiento de las Indias orientales, se ocupó este príncipe en remediar en el interior los abusos de los reinados precedentes y libertar el poder real quitando la jurisdicción criminal á la nobleza, para confiarla á jueces escogidos entre los jurisconsultos (1483). Descontentos los nobles de sus reformas conspiraron bajo la dirección del duque de Braganza, cuñado del rey; pero la traña fué descubierta y decapitado el duque; el de Viseo, que renovó la conjuración, fué asesinado por la mano del mismo rey.

Manuel, que le sucedió (1495), fué llamado el Afortunado (10), aludiendo á su felicidad en sus expediciones marítimas; dió á Portugal el reinado más glorioso. Amó las ciencias, halagó á la nobleza, dió sabias leyes, y al mismo tiempo que pedía al papa la reforma del clero, aconsejaba á la Alemania que tuviera cuidado con Lutero.

(10) En su epitafio se lee:  
*Littore ab occiduo qui primus ad lumina solis  
Extendit sultum notitiamque Dei;  
Tot reges domiti sui submitere tiaras  
Conditur hoc tumulo Maximus Emmanuel.*

Juan III, su hijo (1521), determinó que las cortes se reunieran cada diez años: en su reinado se hicieron nuevos descubrimientos; pero perdió imprudentemente algunas de las fortalezas con que tenía á raya á los marroquíes. El país se enriqueció con el comercio, pero también se desmoralizó; apenas había casa que no tuviera negros á su servicio, con cuyos hijos se traficaba (11), el Algarbe y Lagos eran el emporio de este horrible comercio. Lisboa no sobresalía por su arquitectura, pero sí por su lujo en muebles y abundancia de tiendas y almacenes (12). Ya Vasconcellos, uno de los héroes de los descubrimientos, había dicho que éstos no dan campos que cultivar ni pasto que proporcionar á los rebaños; de modo que descuidada la agricultura, los eriales se aumentaban. Agradecido á los beneficios que los jesuitas habían dispensado en la India, Juan les permitió establecerse en su país, inscribiéndose él mismo en la orden sin dejar por esto la corona, y planteó la inquisición contra los judíos y los escomulgados, que huyendo de España se habían refugiado en Portugal, fingiéndose cristianos.

Sebastian, hijo póstumo de un hijo de Juan III, le sucedió á la edad de tres años (1557). Los jesuitas que lo educaron le inspiraron una obediencia ciega á la corte de Roma, y un odio profundo á los infieles; también lo formaron para los ejercicios del cuerpo, pero de ningún modo para el manejo de los asuntos. Tenía tal horror á las mujeres, que jamás se quiso casar. Hizo leyes contra el lujo y contra los demás objetos que llevaba el comercio á Portugal. El cardenal Enrique, su tío, regente del reino, arzobispo de Lisboa y gran maestro de todas las órdenes, no pudo corregir la ineptitud de este príncipe, porque á pesar de sus excelentes cualidades, carecía de la experiencia de los negocios públicos.

Sebastian tomó las riendas del gobierno á los catorce años, y reuniendo á las preocupaciones de su educación el caballeresco carácter común á su país y que los libros habían aumentado, concibió la idea de una expedición contra los moros de Africa. Este proyecto si se hubiera realizado hubiera reunido las dos costas del Mediterráneo, y hecho que la civilización no hubiera retardado su marcha por las correrías de los berberiscos. Felipe II le animó á ejecutar este proyecto, menos por celo que por la confianza de que en él muriese; y él mismo le envió la cota de malla y el casco que llevaba Carlos Quinto después de su entrada en Túnez.

En esta época Muley Mohammed, rey de Marruecos, había establecido que su trono pasaría después de su muerte por turno á todos sus hijos, con exclusión de sus nietos. En su consecuencia,

(11) NIC. CLENARDI, *Epist.* lib. II.

(12) A. Herculano publicó una curiosa relación de los viajeros venecianos Trin y Lippomano en el *Panorama*, série II.

Abdallah, su sucesor, no halló cosa más oportuna que exterminar á todos sus hermanos. Muley Mahomet II, su hijo, que le sucedió, hizo matar del mismo modo á los suyos. Pero Abd-el-Malek, tío de este príncipe, que había escapado del primer asesinato, habiendo obtenido la estimación del sultan Soliman combatiendo con los turcos contra los cristianos, obtuvo socorros para destronar á su sobrino. Muley los ofreció á Sebastian, que encantado con la ocasión que se le presentaba (1578), pasó á Africa con una armada que bendijo Gregorio XIII como para una cruzada.

El entusiasmo no bastó para vencer. Compónase la mayor parte del ejército de hombres del campo y de señores cubiertos de armaduras de un lujo verdaderamente escandaloso; algunas de ellas costaban 1,000 cruzados, y sólo para el rey y sus grandes se necesitaron cuatro mil tiendas (13). Las tropas cristianas procedentes de España, Italia y Alemania, ni estaban acordes ni sabían obedecer, y el clima del Africa se cebaba en ellas con tal rigor, que era vana toda la intrepidez del rey. Se dió una batalla sangrienta en Alcazar-Quivir, en la que Sebastian cayó prisionero, y como los soldados disputasen su posesión con las armas en la mano: «Qué, exclamó un oficial, ¿cuando Dios os concede tal victoria, os degollais por un prisionero!» y lo dejó muerto á sus pies. Abd-el-Malek pereció de la fiebre durante la refriega, y Muley Mohamed se ahogó huyendo. Tres reyes perecieron así en aquella memorable jornada.

No quedando más de la dinastía portuguesa que el cardenal Enrique, de edad de sesenta y siete años, subió al trono. Fundó la universidad de Evora, como también los colegios de Lisboa y Coimbra; decidió al padre Maffei de Bérgamo á que escribiese la historia de las Indias, y reformó las costumbres del clero; pero estraño al manejo de los negocios públicos, se entregó enteramente en esta materia á los jesuitas. Con el deseo de prevenir funestos acontecimientos, invitó á cualquiera que se creyese con derechos al trono á que los presentara, y muy luego lo hicieron cinco competidores, todos descendientes de Manuel. Pero Felipe II, nacido de Isabel, hija mayor de este príncipe, puso el oro por obra, y de acuerdo con los jesuitas, envió una gruesa armada á fin de obtener el reino á despecho del clero y de la nación, que se creía con derecho por la extinción de la línea directa, para elegir ella misma soberano.

A la muerte del rey-cardenal, Felipe ocupó el país prometiendo no causar perjuicio á ningún derecho; y no nombrar para los empleos á ningún extranjero; pero Antonio, prior de Crato, hijo secreto de Luis de Beja, sobrino de Manuel, se hizo aclamar. El pueblo se dividió entre los dos pretendientes. Felipe hizo decidir por los casuistas y los doctores, que nada se oponía á lo que él soste-

(13) HERCULANO, en la *Arqueología portuguesa*.

nia por la fuerza y justicia de su causa. Llamó al duque de Alba desterrado había dos años en el castillo de Uceda, y lo envió a vencer en su nombre. Los *antoninos* consideraron esta guerra como sagrada, pero fueron completamente batidos. Antonio, vencido y errante, no fué preso, á pesar de los diez mil ducados prometidos á aquel que presentase su cabeza, y se dirigió á pedir á la Francia y á la Inglaterra, socorros que obtuvo, aunque inútilmente, volviendo á morir á Francia, asilo de los príncipes desgraciados, donde declaró á Enrique IV por su heredero.

Felipe prometió perdonar á sus adversarios, y no envió al suplicio menos de cincuenta personas entre nobles y sacerdotes. Prometió permanecer entre los portugueses mientras pudiera, y no tuvo en cuenta su palabra. Si hubiera tenido el arte de conservar, así como poseía la pasión de adquirir, la península hubiera podido tener nuevos destinos. El ingeniero Antonelli demostró la posibilidad de poner en comunicación todos los ríos de ambos reinos, y las ciudades populosas colocadas á orillas del Océano, y que se ejercitaban en el comercio marítimo, hubieran abandonado sus antipatías nacionales para convertirse en un poderoso reino. Por el contrario, el tirano no pensó más que en debilitar el país para mantenerle sujeto; le prohibió comerciar con los holandeses, le quitó trescientos barcos con más de dos mil cañones, y gastó seiscientos mil ducados en sostener las guarniciones.

El Brasil y las colonias portuguesas de Africa y de las Indias reconocieron al nuevo soberano, mas las islas Azores continuaban obedeciendo á don Antonio; pronto atacaron los holandeses las posesiones de su enemigo, y despojado el Portugal de lo que había adquirido con tanta gloria y felicidad, se vió reducido al último recurso de los oprimidos, á las tramas y rebeliones.

Gran número de portugueses emigraron, y obtuvieron como siempre, de los enemigos de España, una benévola hospitalidad, subsidios mezquinos y esperanzas engañosas. Tres impostores quisieron pasar por el rey don Sebastian; con respecto al cuarto, la historia vacila en proclamarle tal. Reconocido en Venecia por algunos portugueses, declaró que era el rey. Preso de orden de la señoría, contó que se había escapado vivo de la batalla de Alcázar y conseguido llegar á los Algarves, donde se curó de sus heridas. La vergüenza de su derrota le impidió darse á conocer, y viajó por Abisinia, Persia y Georgia, hasta que, falto de recursos se había refugiado en Venecia. Los Diez le interrogaron hasta veinte y ocho veces, y sin declarar que faltaba á la verdad, le detuvieron tres años prisionero. En aquella época fué reclamado por los emigrados portugueses y por Enrique IV; el senado le puso, pues, en libertad, intimándole que abandonase el territorio veneciano en el término de ocho días. Pasó á Liorna, disfrazado de fraile, pero fué reconocido, y Fernando, gran duque de

Toscana, lo entregó á los españoles, que le condujeron á Nápoles. Allí recordó al virey Fernando Ruiz de Castro particularidades ignoradas de cualquiera otro, mas no por eso dejó de ser condenado á presidio, y no se volvió á oír hablar más de él (14).

Menos afortunado fué Felipe en sus maquinaciones para usurpar la corona de Francia, ó turbar en su posesión al que la ceñía. Sin embargo, adquirió á Cambray con la paz de Vernins (1598).

Maria de Portugal, con quien se había casado, murió al dar á luz á un hijo que recibió el nombre de Carlos. Este joven príncipe, que quedó imbecil de una caída que dió á la edad de diez y siete años, se complacía en dar muerte á los animales con crueldad. Envidioso de todo el mundo, cuando el duque de Alba fué á despedirse de él para ir á los Países Bajos, sacó su espada para herirle; meditó también dar muerte á su padre, y se dirigió á varios confesores para obtener el ser absuelto del asesinato que quería cometer en la persona de un hombre de elevada categoría, pero nadie quiso consentir en ello. Pensó después en hacer, contra el parecer de su padre, un viaje á Flandes, donde se lisonjeaba con la esperanza de hacerse rey, á condición de que dejase libre al culto. Su tío don Juan, á quien confió su secreto, lo reveló á Felipe, que le hizo poner preso bajo la custodia del duque de Feria (1568). Su proceso lo formó el cardenal Diego Espinosa, no como inquisidor general sino como presidente del consejo de Castilla, asistido del príncipe de Eboli, preceptor de don Carlos, y de un consejero de Castilla, bajo la presidencia del rey. En lugar de tratarle como á un demente, le acusaron del crimen de lesa majestad, y pronunciaron contra él la pena de muerte, aunque dando el parecer de que el rey podía declarar que las leyes no se extendían hasta los primogénitos del soberano. Encolerizado don Carlos, se obstinó en no tomar alimento. Pero cuando su padre le visitó para consolarle, comió con gula después de una larga abstinencia, y se vió atacado de una fiebre maligna; conociendo que se debilitaba cada vez más, encargó á su confesor solicitase su perdón del rey, quien se lo concedió, y murió poco después (15).

Sobre este hecho es sobre el que el príncipe de Orange y los demás insurrectos, compusieron la novela bien conocida de los amores de don Carlos con Isabel de Francia, antes que fuese mujer de su padre. Ahora bien, basta hacer notar que Felipe

(14) En su epitafio en Belen se indica esta duda:

*Hoc jacet in tumulo, si vera est fama, Sebastus  
Quem dicunt lybicis ocubuisse plagis.*

Aun existe en Portugal y en el Brasil una secta llamada de *sebastianistas*, especie de místicos que creen en la inmortalidad de aquel príncipe y en su vuelta á Lisboa. Véase el *Portugal regenerado* y el *Portugal ilustrado* por KINSEY.

(15) Véase la nota A al fin del Libro.

pe tenía treinta y un años cuando se casó con aquella princesa, don Carlos catorce, y que la reina de España no murió envenenada, sino de un mal parto. Se ha acusado también á Felipe II de haber encargado á Antonio Perez, secretario de Estado, asesinar á Juan de Escobedo, confidente de don Juan de Austria: mas estas son acusaciones inciertas por algunos, al paso que la sangre que vertió á torrentes es cosa cierta. Sin embargo, creía obrar bien hasta tal punto, que si experimentó remordimientos en su vejez, no fueron ciertamente por las persecuciones que había mandado; estaban demasiado acostumbrados á ellas en su siglo; sólo si le parecía estar atormentado por las sombras de don Carlos, don Juan y el rey don Sebastian. Soportó con valor y resignación la horrible enfermedad de la gota, recibiendo en el tiempo en que duró catorce veces los sacramentos. En el momento de espirar recomendó á los asistentes el infante (13 noviembre de 1598), *alegría de su corazón y delicia de sus ojos*, é hizo dar libertad á algunos prisioneros de Estado.

Los pequeños reinos de la península habían tenido diferentes capitales: los francos habían establecido la suya en Barcelona y en Pamplona; los árabes en Zaragoza, Valencia y Granada; los príncipes godos en Oviedo y Leon; los condes de Castilla en Burgos, y después que fueron reyes, en las ciudades que arrebataban á los moros á medida que ganaban terreno á los infieles. Isabel quiso tener su sepulcro en Granada, donde también fué enterrado Fernando el Católico. Cuando se unió el reino, la capital debió también de ser una, con objeto de evitar los celos entre Burgos y Zaragoza. En su consecuencia, se comenzó en tiempo de Jimenez de Cisneros, y aun más, en el de Felipe II, á considerar á Madrid como tal. Sin embargo, esta villa situada en una llanura desierta, tenía una posición mucho menos favorable que Sevilla, edificada en medio de las más ricas provincias, á orillas de uno de los mayores ríos de la Península, y susceptible de ser el centro de las comunicaciones con Africa, América é Italia. Felipe hizo construir en las cercanías de Madrid el Escorial, cuyo plano, por consecuencia de un voto que había hecho en la batalla de San Quintín, debía imitar las parrillas de san Lorenzo. Gastó en la construcción del edificio 5,000,000 de ducados, y empleó en ella á los más afamados artistas.

Aquel príncipe se manifestó verdaderamente grande en todos sus proyectos, sin que sin embargo estuviesen en relación con sus recursos. Habiendo introducido la unidad política en España, quiso establecer la religiosa en Europa; y dirigiendo por espacio de cuarenta y dos años todos los gabinetes, hubiera podido ser el héroe de su época, al paso que no fué mas que el mal génio. Hizo doblegarse bajo el mismo despotismo á los americanos, á los castellanos, aragoneses, sicilianos, napolitanos, belgas y lombardos. Habiendo defendido á Antonio Perez, ministro que había caído en

desgracia, el gran justicia de Aragon, y rebelándose Zaragoza en su favor, reprimió la audacia de sus habitantes é hizo decapitar al magistrado sin forma de proceso, amenazando con igual suerte á todo el que se atreviese á luchar contra el rey. Después de haber abolido de aquella manera tan temible dignidad, convocó las cortes en medio del espanto general, y alteró la constitucion, haciéndolas dependientes del rey.

Desaparecieron, pues, las antiguas instituciones, y los grandes de España sucedieron á los *ricos hombres*. A Carlos Quinto había disgustado el derecho atribuido á los primeros de conservar puesto su sombrero en presencia del rey, y consintieron en no ponerse en la cabeza, sino con orden suya; Pero esta concesion ofendió á los señores de Alemania, á donde Carlos llevó algunos con objeto de que presenciasen su coronacion y la abolió de hecho y tácitamente el título de grandes, elevando á esta categoría á algunos mediante la fórmula de *cubrios*. Felipe II, que empleó hábilmente los cuerpos judiciales, en reprimir á la nobleza sin elevar á la clase media, arrebató también á ésta el derecho de velar por la tranquilidad pública, é hizo que nobles de diferentes provincias se uniesen por matrimonios con objeto de extinguir las antiguas rivalidades, dividiendo además á los grandes en dos clases, en el mero hecho de prescribir que los que él nombrara comenzaran á hablarle descubiertos hasta que dijera: *cubrios*. Felipe III creó grandes de primera y segunda clase, los que necesitaban diploma que lo comprobase. Los de primera clase tenían el honor de ser tuteados por el rey: pero quedaban igualmente escluidos de toda influencia en los negocios políticos.

Un vano fausto reemplazaba de esta manera las severas virtudes españolas, y la voluntad de un rey quedaba impuesta á la nobleza que anteriormente no debía sus títulos más que á la sangre vertida en defensa de la religión y de la patria. Sin embargo, este país era el único tal vez que no sentía en Europa el choque de las armas extranjeras ni los sacudimientos de la guerra civil, y á pesar de ello caminaba á su ruina; Felipe II le dejó pobre, y lo que es peor, despoblado y sin industria. La nobleza vivía aislada en sus castillos, tan inútil como opulenta. Los arsenales vacíos y los habitantes reducidos á diez millones de veinte que eran; pero existían en los Estados españoles trescientos doce mil sacerdotes seculares, doscientos mil eclesiásticos de orden intermedia, y más de cuatrocientos mil religiosos. La exagerada fama de los tesoros de América atrajo allende los mares á multitud de individuos con la esperanza de enriquecerse de una vez. Resultó de esto que el terreno quedó inculto, las minas indígenas sin explotar, y olvidadas las ideas relativas al origen de las riquezas. Los ganaderos se apropiaron el uso de los terrenos por donde atravesaban los caminos reales, y el derecho de hacer pastar en ellos sus rebaños, que llevaban de país en país, según las estaciones. Reservóseles

para pastos cuarenta toesas á cada lado del camino, mediante el pago de un corto derecho llamado *mesía*. Despobladas ya las campiñas, por la peste negra y la espulsion de los moros aun quedaron más desiertas, y tuvo que sufrir mas la industria con la espulsion de las familias moriscas, que eran los únicos que la ejercian, y que se la llevaron consigo. Como el fisco no queria perder nada de lo que sacaba de ellas, sobrecargó á las que quedaron, precisándolas á huir á su vez, de tal manera que no hubo ya fábricas de seda en Valencia, ni manufacturas de lana en Andalucía y Castilla. Con objeto de animar á los cultivadores, se les ennobleció; pero al mismo tiempo se cargaba de impuestos al territorio. Aumentábanse tambien los derechos de aduanas, que continuaban subsistiendo en las fronteras de los antiguos reinos reunidos ya, lo cual interrumpió las comunicaciones de uno á otro, é hizo que cesase la construccion de caminos y puentes.

La inquisicion salvó á España de las guerras civiles, pero comprimió el pensamiento hasta el punto de que las ideas y progresos de las demas naciones se consideraron como una herejía. Corrompióse la administracion; una vez aniquilada la marina, los berberiscos saquearon audazmente las costas, hasta el punto de ser preciso fletar barcos extranjeros para hacer el servicio de correos entre España, América y Canarias. La deuda pública, enorme ya cuando la muerte de Carlos Quinto, absorbía en 1588 todas las rentas para el pago de intereses; y era, pues, preciso llegar á la bancarrota. La recaudacion de las diferentes contribuciones estaba en manos de los arrendatarios, que despo-tas por la necesidad que habia de ellos, que su riqueza y la posesion de todas las tierras, tiranizaban al pueblo; y como tenian sus oficiales y tribunales particulares, evitaban la jurisdiccion civil. Así como en un barco que naufraga, cada uno no piensa más que en coger su parte, en apoderarse de lo que queda, gobernadores y administradores subalternos, todos saqueaban y vendian á porfia.

Hubiera sido necesaria prontitud y actividad para reanimar y gobernar las partes tan distantes de aquel vasto dominio; y por el contrario, todo caminaba con lentitud, dando infinitos rodeos. Si estallaba la guerra, era preciso asalariar extranjeros; y como los recursos públicos se consumian en pagar espías, traidores y empleos inútiles, sin contar las malversaciones de los oficiales, los *bisnoños* (como se llamaban en Italia aquellas tropas mercenarias) se pagaban con frecuencia saqueando las provincias que iban á proteger. Los países avasallados que habian caido en un deplorable marasmo, no producian al tesoro lo que le costaban. Apenas bastaban las rentas de los Países Bajos al sosten de las guarniciones; el Franco-Condado no daba nada; el Milanesado, el reino de Nápoles y la Cerdeña hacian sacrificios; las diputaciones de Aragon, Valencia, Cataluña, el Rosellon, Navarra y las islas Baleares median con

parsimonia los subsidios y su afecto, y faltaban en las grandes necesidades del Estado.

Felipe III habia sido educado de manera de evitar en él las ideas ambiciosas de don Carlos. Tan débil de carácter como indolente y beato, sin los vicios y cualidades de su padre, se entregó plenamente á Francisco Rojas de Sandoval, á quien hizo duque de Lerma, mandando á las autoridades públicas le obedeciesen como si fuese á él mismo. Pero este ministro sufría á su vez la influencia de Rodrigo de Calderon, á quien hizo conde de Oliva, con cien mil ducados de capital; por lo demás, era hombre de talento y tan arrogante cuanto era afable el duque de Lerma. Estos dos personajes (porque desde Felipe II los ministros son los verdaderos reyes) concluyeron una tregua con las Provincias Unidas, é hicieron la paz con la Inglaterra. Pero fuese que ignorasen de donde procedian los males del país ó que no supiesen como remediarlos, ocultaron al rey la penuria de las rentas, rodeándolo de suntuosas fiestas. Creyóse animar á los cultivadores, con la creacion de una orden destinada á los que se distinguiesen más; pero apenas la obtenian, renunciaban á la azada y arado. Con objeto de escitar la industria, se exceptuó á los artesanos del servicio militar, y fué imposible reclutar los ejércitos.

La creacion de los *familiares del Santo Oficio*, personas de la primera categoria, que entraban por devocion al servicio de aquel tribunal, dió por resultado el envenenar la persecucion contra los moriscos y aumentar la despoblacion del país. Un edicto real ascendió el valor nominal de la moneda de cobre, casi al igual de la de plata (1603), tan rara era esta última y tan absurdos eran los ministros. El jesuita Mariana levantó su voz resueltamente contra tal desorden y las alusiones que se permitió contra los actos arbitrarios del duque de Lerma y la indolencia del rey le valieron ser preso. En fin, las quejas generales produjeron la desgracia del duque de Lerma, á quien sucedió su hijo, el duque de Uceda. El conde Oliva fué perseguido y sentenciado á muerte por crímenes que no habia cometido.

Un dia que el rey daba audiencia, un brasero lleno de carbon, á cuyo lado estaba sentado, le incomodaba mucho; pero la etiqueta no le permitia quejarse, ni á los cortesanos que notaban su mal-estar alejar la causa, por no infringir las funciones reservadas al gran canciller. Mientras que estaban en busca de aquel personaje, el rey continuó sufriendo hasta el punto de llegar á ser el mal mortal y demayarse (16): rodearonle entonces con todas las reliquias que habia en palacio, y espiró besando la cruz (1621). Todo fué movimiento en la villa de Madrid durante la pompa fúnebre; después recayó en su indolencia habitual, y Felipe IV

(16) Un accidente del mismo género sucedió en 1681 á Maria Luisa de Orleans, mujer de Carlos II. Cayó del caballo, y habiéndosele enredado el pié en el estribo, era

que habia ascendido al trono, adoptó el espíritu que hacia un siglo dirigia la política española.

arrastrada por el patio con peligro de su vida, sin que nadie se atreviese á poner la mano sobre el cuerpo sagrado de la reina. Felizmente dos gentiles hombres eligieron su salvacion antes que la etiqueta, y acudieron á detener el caballo, libertándola. Pero se apresuraron á huir, para escapar de la pena de muerte, que no hubiera dejado de alcanzarseles aunque la reina hubiese implorado su perdon.

Se dejó dirigir por Gaspar de Guzman, duque Olivares, que dirigió el gobierno por una senda algo mejor; pero como queria que su amo sostuviese el título de grande que le habia hecho adoptar, le comprometió á empresas desproporcionadas á sus fuerzas. Entre tanto procedia con lentitud la guerra de Holanda; subleváronse los castellanos, porque se desconoció su derecho de no hacer el servicio militar fuera de su patria, y el Portugal recobró su independencia.